

PENSASTE QUE ESTABA A SALVO. TE EQUIVOCASTE.

III

# ROBADA

TESS STIMSON



MOTUS

# **ROBADA**

**TESS STIMSON**

TRADUCCIÓN: CARMEN BORDEU

MOTUS

“Me encanta pasear por ese lado oscuro, donde las situaciones cotidianas como esta de repente se convierten en algo mucho más peligroso y siniestro”.

—Tess Stimson, autora.

“Oscura, retorcida y adictiva”.

—Lisa Jewell, *best seller* de *The New York Times* y *Sunday Times*.

“¡DIEZ ESTRELLAS! ... Totalmente fabuloso ... Uno de los mejores libros que he leído ... No podrás dejarlo”.

—*NetGalley*.

“Tess Stimson se supera como escritora de suspense con esta nueva novela. La intriga, la ansiedad y la emoción están garantizadas. Una investigación sobre el secuestro de una niña que traspasa fronteras y te atraviesa el corazón”.

—María Eugenia Delso, editora.

Stimson, Tess

Robada / Tess Stimson. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :  
Trini Vergara Ediciones, 2022.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: Carmen Bordeu.

ISBN 978-987-8474-26-7

1. Narrativa Inglesa. 2. Novelas de Suspenso. 3. Novelas  
Psicológicas. I. Bordeu, Carmen, trad. II. Título.  
CDD 823

Título original: *Stolen*

Edición original: Avon Books

© 2020 Tess J Stimson

© 2022 Trini Vergara Ediciones  
[www.trinivergaraediciones.com](http://www.trinivergaraediciones.com)

© 2022 Motus Thriller  
[www.motus-thriller.com](http://www.motus-thriller.com)

España · México · Argentina  
ISBN: 978-987-8474-26-7

# Índice de contenidos

Portadilla

Citas elogiosas

Legales

Dedicatoria

El presente

Dos años antes:

Capítulo 1

Capítulo 2

Treinta y seis horas antes de la boda

Capítulo 3

Capítulo 4

Veinticuatro horas antes de la boda

Capítulo 5

Capítulo 6

El día de la boda

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Doce horas desaparecida

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Veinticuatro horas desaparecida

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

## Cinco días desaparecida

Capítulo 18

## Seis días desaparecida

Capítulo 19

## Siete días desaparecida

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

## Ocho días desaparecida

Capítulo 23

Capítulo 24

## Doce días desaparecida

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

## Cincuenta y dos días desaparecida

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

## Dos años desaparecida

Capítulo 33

Capítulo 34

## Dos años y dos días desaparecida

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

## Dos años y nueve días desaparecida

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

## Dos años y catorce días desaparecida

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

## Dos años y diecisiete días desaparecida

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

## Dos años y dieciocho días desaparecida

Capítulo 51

Capítulo 52

## Dos años y diecinueve días desaparecida

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

## Dos años y veintiún días desaparecida

Capítulo 60

## Dos años y veinticinco días desaparecida

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

## Dos años y treinta y cinco días desaparecida

Capítulo 66

Dos años y treinta y nueve días desaparecida

Capítulo 67

Dos años y cuarenta y un días desaparecida

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Dos años y cuarenta y dos días desaparecida

Capítulo 72

Dos años y cuarenta y tres días desaparecida

Capítulo 73

Capítulo 74

Dos años y cuarenta y cuatro días desaparecida

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Capítulo 79

Capítulo 80

Seis meses después

Capítulo 81

Capítulo 82

Si te ha gustado esta novela...

Tess Stimson

Manifiesto Motus

*A mi hermana Philippa.  
La guardiana de mis recuerdos y mi mejor amiga.*

## EL PRESENTE

LA ARENA CALIENTE AL BORDE del camino le quema los pies descalzos. Los pulmones le arden y tiene un fuerte dolor en un lado. Sus piernas parecen de gelatina. El pánico puro es lo único que la impulsa a avanzar.

Vio lo que le hicieron a su mamá; sabe lo que le harán si la atrapan.

No la encontraron porque estaba escondida detrás de la buganvilla del patio cuando llegaron, como solía hacer cuando era pequeña. “Vamos a jugar un juego. Quiero que estés callada como una tumba”. No emitió ni un sonido.

El camino delante de ella resplandece y no sabe si es porque hace mucho calor o porque está agotada. El sudor le entra en los ojos y se los enjuga. No tiene ni idea de dónde está. Nada le resulta familiar. No hay casas ni gente por ningún lado. Lo único que ve es arena y pastizales que se extienden por kilómetros en todas direcciones. No hay nada detrás de lo cual esconderse si la persiguen. No hay nadie a quien pedir ayuda.

El terror se apodera de ella. Sabe que su mamá está muerta. Ya tiene casi seis años. Ya entiende lo que significa la muerte.

Su mamá le dijo: “¡Corre! ¡No mires atrás!” y aunque no quería dejarla, obedeció. Pero ahora está *tan* cansada. Tiene los pies en carne viva y con ampollas, y las piernas le tiemblan tanto que se tambalea como una borracha. No sabe para qué la quieren, solo que no debe dejar que la encuentren.

“¡Corre!”.

“¡No mires atrás!”.

Ella corre.

# **DOS AÑOS ANTES:**

## **Cuarenta y ocho horas antes de la boda**

# CAPÍTULO 1

*Alex*

SI HUBIERA INTERRUMPIDO MI EMBARAZO, en estos momentos estaría girando a la izquierda mientras subo al avión.

En la pequeña mesa, al lado de mi cabina privada, habría espacio para el expediente del caso y la libreta de papel de oficio en el que tomo notas a mano, a la antigua usanza, porque cinco años de práctica legal me han enseñado que es el mejor método para encontrar la laguna jurídica que todos los demás han pasado por alto. Rechazaría una copa de champán frío para mantener la cabeza despejada y me quitaría los Grenson de color crema y caramelo, zapatos de negocios sobrios que dejan en claro que soy una mujer a la que hay que tomar en serio.

Pero no lo hice.

Así que me guían hacia la derecha, no hacia la izquierda.

Mis zapatos de cuero son de New Look, aunque habría que saber bastante de calzados para detectar la diferencia. No puedo darme el lujo de hacerme reflejos en el pelo y pagar una guardería, así que mi media melena se acerca más a mi color pelirrojo natural que al castaño elegante que solía preferir. A los veintinueve años, sigo en la vía rápida para convertirme en socia del bufete de abogados de derechos humanos Muysken Ritter, pero, cuando me levanto a las cuatro y media de la mañana estos días, no es para ejercitar una hora con mi entrenador personal antes de estar en la oficina a las seis. Me encantaban los fines de semana, porque significaba que podía trabajar sin parar, sin la interrupción de reuniones y conferencias con clientes.

Pero ya no.

La mujer en la fila de delante se gira cuando pasa el carrito y espía entre los asientos. Sonríe, pero la expresión de sus ojos es de fastidio. No la culpo: llevamos menos de media hora de un vuelo de nueve.

—¿Podría pedirle a su niña que deje de dar patadas? —pide con amabilidad.

—Deja de dar patadas el asiento de la señora, Lottie —le indico en un tono que no deja traslucir que daría lo mismo que le estuviera ordenando al sol que se pusiese por el este.

Lottie se detiene al instante, sus piernecitas regordetas suspendidas en la mitad del movimiento. La mujer vuelve a sonreír, esta vez con más sinceridad, y retorna a su posición.

Se ha dejado engañar por los rizos.

Mi hija de tres años ha sido bendecida con unos rizos rubio platino que le llegan a la cintura, el tipo de pelo de ensueño que solían tener las princesas de Disney antes de que se volvieran guerreras. Su cabellera desvía la atención de la mandíbula sobresaliente y belicosa y la postura obstinada de sus hombros. No es una niña bonita desde el punto de vista convencional: sus rasgos son demasiado peculiares para eso, y luego está su peso, por supuesto. Pero uno puede adivinar que va a ser llamativa cuando sea mayor: lo que la generación de mi madre habría llamado “bien parecida”. Solo le tiene que crecer la cara, eso es todo.

Los rizos son un truco de prestidigitación de la naturaleza. Hacen que la gente piense en los ángeles y en la Navidad, cuando sería mejor que afilaran estacas y buscaran balas de plata.

Lottie espera el tiempo suficiente para que la mujer se relaje.

—Por favor, querida, ¿podrías *parar* con eso? —insiste. Esta vez no hay sonrisa, ni crispada ni de ningún tipo.

Patada. Patada.

La mujer me mira, pero yo hojeo con atención la revista de a bordo. Hay que elegir las batallas. Todavía nos faltan ocho horas y media de viaje.

Patada.

La mujer prueba con otra táctica y empuja una bolsa de caramelos a través del espacio entre los asientos.

—¿Quieres unos ositos de goma?

—Eres una desconocida —responde Lottie. Patada.

—Sí, claro, tienes razón. —Otra mirada no correspondida en mi dirección —. No debes aceptar caramelos de desconocidos. Pero no seremos desconocidas si nos presentamos, ¿verdad? Soy la señora Steadman. ¿Cómo te llamas?

—Charlotte Perpetua Martini.

—¿Perpetua? Eso sí que es... inusual.

—Papá dijo que tenía que tener un nombre católico porque él es italiano, así que mamá buscó nombres de santos en Google y eligió el más feo que encontró.

Mi hija y yo no tenemos secretos.

—¿Y dónde está papá, Charlotte? ¿No se va de vacaciones con ustedes?

Patada.

—Papá se murió —afirma Lottie con toda naturalidad.

La opción nuclear. ¿Rizos dorados de princesa y un papá muerto? No hay vuelta atrás.

—Ay, querida. Vaya. Lo siento mucho, Charlotte.

—No pasa nada. Mamá dice que era un cabrón.

—Lottie —la regaño, pero no es en serio. Lo *era*.

La mujer se hunde en su asiento con esa peculiar combinación de vergüenza callada y curiosidad macabra con la que me he familiarizado en los catorce meses desde que Luca murió cuando se derrumbó un puente en Génova. Estaba visitando a sus padres ya ancianos, que dividían su tiempo entre su apartamento allí y la casa familiar ancestral de la madre en Sicilia. Fue una suerte que ese fin de semana le tocara a Lottie estar conmigo y no con él.

Me apiado de la mujer y le doy mi teléfono a Lottie. Es bastante seguro: a nueve mil metros de altura no puede repetir la debacle de compras desde la aplicación que hizo el mes pasado.

Con mi hija distraída, abro el expediente de mi caso mientras trato de mantener mis papeles en orden en el reducido espacio.

Este viaje no pudo haber sido en un peor momento. La audiencia de asilo para una de mis clientes, una mujer yazidí que sobrevivió a múltiples violaciones durante su cautiverio por parte del Estado Islámico, se adelantó de manera inesperada la semana pasada, lo que significó que tuviera que cedérsela a uno de mis colegas, James, el único abogado de la firma que no tenía causas que atender. Es un profesional muy competente, pero mi clienta tiene terror a los hombres, lo que dificultará que James pueda hablar con ella y asesorarla durante la audiencia.

El caso debería ser sencillo, pero me preocupa que algo salga mal. Si no fuéramos a la boda de mi mejor amigo, Marc, habría cancelado el viaje.

Estoy a medias de redactar un detallado correo electrónico de seguimiento a James cuando Lottie derrama un vaso lleno de refresco sobre mi mesa.

—¡Maldición, Lottie!

Sacudo mis papeles con furia, viendo cómo caen riachuelos de refresco de las páginas.

Lottie no se disculpa. En lugar de eso, se cruza de brazos y me lanza una mirada fulminante.

—Levántate —le ordeno con brusquedad—. Vamos —agrego, pero ella se queda sentada, terca como una mula—. Tienes refresco por todos lados. Cuando se seque se va a quedar pegajoso.

—Quiero otro —declara Lottie.

—¡No vas a tomar nada más! Muévete, Lottie. No estoy bromeando.

Se niega a moverse. Le desabrocho el cinturón de seguridad y la arrastro fuera del asiento. Grita como si le hubiera hecho daño de verdad y llama la atención.

Sé con exactitud qué están pensando los demás pasajeros. Antes de Lottie, yo pensaba lo mismo cada vez que veía a un niño tener una rabieta en el pasillo de un supermercado.

La empujo por el estrecho pasillo hacia el baño. Ella responde palmeando los apoyacabezas de todos los asientos a su paso.

—Mierda—dice con alegría con cada palmada—. Mierda. Mierda. Mierda.

Hace tiempo que dejé de avergonzarme por el mal comportamiento de mi hija, pero esto es demasiado, incluso para ella. La tomo de los hombros.

—Deja de hacer eso ya mismo —susurro en su oído—. Te lo advierto.

Lottie suelta un grito como si estuviera herida de muerte y luego se desploma en el pasillo.

—Santo cielo —exclama una mujer sentada cerca de nosotros—. ¿Está bien?

—No le pasa nada. —Me inclino y sacudo a mi hija—. Levántate, Lottie. Estás montando un escándalo.

—No se mueve —grita alguien más—. Creo que le pasa algo de verdad.

El zumbido de preocupación a nuestro alrededor se intensifica y algunas personas se incorporan un poco en sus asientos. Una azafata se apresura por el pasillo hacia nosotras.

—Esta mujer le pegó a su hija —acusa un hombre.

—No le pegué. Solo es un berrinche.

La azafata mira al hombre, se vuelve hacia mí y, luego, hacia Lottie, que aún no se ha movido.

—¿Necesita un médico?

—No le pasa nada —insisto—. Levántate, Lottie.

Una mujer mayor, a unos cuantos asientos de distancia, le da una palmadita en el brazo a la azafata.

—Son los terribles dos años. Todos pasan por eso.

—Lottie —reitero, con calma—. Si no te levantas ya mismo, no habrá Disney World, ni helados, ni televisión durante toda la semana.

En una batalla de voluntades, mi hija de tres años me iguala con facilidad. Pero no solo es testaruda: es inteligente. Es capaz de hacer un análisis de costo-beneficio en un instante.

Se sienta, y los susurros de preocupación a mi alrededor se convierten en murmullos exasperados de desaprobación.

—¡Te odio!—grita Lottie—. ¡Ojalá no hubiera nacido!

La pongo de pie.

—Lo mismo digo —respondo.

## CAPÍTULO 2

*Alex*

UNA RÁFAGA DE AIRE TROPICAL húmedo y espeso nos envuelve cuando salimos del avión, como si alguien hubiera abierto la puerta de una secadora en la mitad del ciclo. Mis lentes de sol se empañan al instante y el pelo de Lottie se encrespa como un halo platinado alrededor de sus hombros. Solo puedo imaginar cómo estará el mío con esta humedad.

Nos sumamos a la fila apretada y cansada que serpentea hacia el control de pasaportes. Cuando el guardia fronterizo estadounidense me pregunta si mi visita es por negocios o placer, estoy tentada de decirle que por ninguna de las dos cosas.

Si te gusta cenar a las cinco y media de la tarde y usar sandalias que se abrochan con velcro, Florida es para ti. Pero para los que no tienen menos de siete años o más de setenta no es tan encantador.

Estamos aquí porque la novia de Marc es el tipo de mujer que quiere fotos de boda de océanos cerúleos y playas de arena blanca para subir a Instagram y no le importa los inconvenientes que eso signifique para los demás.

No puedo ser la única persona que piensa que la manía actual por las bodas de destino es el apogeo del narcisismo por derecho propio. Si lo que buscas es romance, fúgate y cástate. De lo contrario, ¿es justo esperar que un hermano con tres hijos pequeños, préstamos para estudios y una hipoteca tenga que pagar cinco pasajes de avión o arriesgarse a convertirse en un paria familiar? Por no hablar de los parientes mayores que ya han dejado atrás los acontecimientos de su vida —el matrimonio, los hijos—, para quienes la boda de un nieto es uno de los pocos placeres genuinos que les quedan.

Para mí, volar más de seis mil kilómetros para que mi hija sea dama de honor en la boda de mi mejor amigo es un incordio muy caro. Para las personas solitarias y enfermas, que no pueden viajar, estas celebraciones lejanas son un

ejercicio de desamor.

Por eso, Luca y yo nos casamos dos veces, una en la iglesia ancestral de su madre en Sicilia para complacer a su extensa familia, y otra en West Sussex para la mía, bastante más pequeña. Tal vez una tercera boda habría servido para que el matrimonio durara más.

Recojo nuestra maleta de la cinta transportadora y Lottie y yo nos sumamos a otra fila, esta vez para un taxi. Las dos estamos acaloradas, cansadas y de mal humor cuando subimos al taxi, pero por suerte, mi hija no tarda en dormirse con la cabeza apoyada en mi regazo.

Le retiro el pelo de la cara sudorosa y sonrío cuando arruga la nariz y me aparta la mano sin despertarse.

Ser la mamá de Lottie es lo más difícil que me ha tocado hacer. Es la única tarea, en toda mi vida, en la que he luchado por tener éxito.

Y en esto no cabe ningún final feliz del estilo de las tarjetas de felicitación, nada del tipo “pero nada ha sido más gratificante”. La maternidad no me resulta satisfactoria ni placentera. Es tediosa, repetitiva, solitaria, agotadora. Luca era un padre mucho más natural. Pero mi amor por mi hija es visceral e incuestionable. Daría mi vida por ella.

Verifico mis correos electrónicos mientras avanzamos en el atasco sobre el puente que cruza Tampa Bay, con cuidado de no molestar a Lottie.

Lo que me temía: mientras yo estaba volando, a mi clienta yazidí se le denegó la solicitud de asilo, más que nada porque no estuvo dispuesta a consultar con su abogado y a participar de forma plena y adecuada en la audiencia.

Envío varios correos rápidos en respuesta para poner en marcha las medidas necesarias para interponer un recurso de apelación. No estoy exagerando ni siendo una egocéntrica cuando digo que mi ausencia de Londres tiene consecuencias muy reales y que cada minuto que estoy fuera de la oficina cuenta.

Pero Marc interrumpió su vida entera cuando murió Luca. Sabe que su novia, Sian, no me cae demasiado bien; no asistir a su boda, por más vueltas que yo pueda darle, pondría a prueba nuestra amistad. Y solo estaré fuera seis días. James puede ocuparse del trabajo hasta que yo regrese. Una vez en casa, unas pocas noches en vela serán suficientes para volver a la normalidad.

Guardo mi teléfono y reacomodo con cuidado la cabeza de mi hija en mi regazo mientras tomamos la salida hacia St. Pete Beach, con sus calles iluminadas con luces de neón y su aglomeración de hoteles, bares, cadenas de

restaurantes y tiendas para turistas.

Nos desviamos de la calle principal las multitudes y nos adentramos en un vecindario más residencial. Unos minutos más tarde, el taxi se detiene en una entrada al pie de un puente corto que lleva a una diminuta isla barrera a menos de cien metros de la costa. El horizonte está dominado por el hotel Sandy Beach, un edificio almenado de seis plantas y color amarillo pálido que se eleva hacia el cielo como un pastel de bodas.

Nuestro conductor baja la ventanilla para hablar con el guardia de seguridad y, al cabo de un momento, la barrera blanca se levanta y cruzamos a una pequeña lengua de tierra que se adentra en el golfo de México.

Sacudo a Lottie para que se despierte mientras el taxi se detiene en el patio del hotel. Un botones se lleva nuestro equipaje y yo levanto a mi hija adormecida y me dirijo a la recepción.

Una enorme pared de vidrio da directamente a la playa de arena blanca y Lottie enseguida hunde su cara en mi hombro. Siempre ha sentido terror al mar; no tengo ni idea por qué.

Hay varias habitaciones frente al mar reservadas para los invitados a la boda. Cambio la nuestra por una que da a la piscina, para que Lottie no tenga que despertarse y ver el océano. Un intenso atardecer rojo y naranja se extiende por el cielo y estoy a punto de llevar a mi hija a la habitación arriba cuando Marc y Sian entran desde la playa.

Marc finge ignorarme por completo y le tiende la mano a Lottie.

—Doña Martini —dice con seriedad—. Es un placer verla de nuevo.

—*Señorita* —lo corrige ella.

—*Señorita*. Perdón.

Sian desliza su mano por el brazo de Marc. El gesto es más posesivo que cariñoso.

—Deberíamos volver con los demás —sugiere.

—¿Quieren venir? —pregunta Marc—. Paul estaba preparando otra ronda.

—Lo haría, pero Lottie necesita ir a la cama. Está rendida.

—¿Por qué no la acuestas y, luego, bajas y nos buscas? Estamos en el bar Parrot Beach, justo al otro lado de la piscina. Zealy y Catherine están también allí.

Así habla el hombre que aún no ha tenido un hijo y no ha aprendido lo que es pasar el resto de tu vida con el corazón en vilo.

—Tiene *tres* años, Marc —interpone Sian—. Alexa no puede dejarla sola en

un hotel que no conoce.

Marc toma el asa de mi maleta con ruedas con mucha autoridad.

—Al menos deja que te ayude a subir esto.

—Nos están esperando —insiste Sian.

—Ve tú. Bajaremos en un minuto.

Su futura esposa sonríe, pero la sonrisa no llega a sus bonitos ojos. Nunca ha habido la más mínima posibilidad de una relación romántica entre Marc y yo. Nos conocimos cuando él empezó a entrenar al equipo de fútbol femenino del University College de Londres, donde yo estudiaba Derecho; durante los tres primeros años, solo me vio sudada y salpicada de lodo, con pantalones cortos de licra poco favorecedores y protector bucal.

Me han gustado algunas de sus novias. Pero ha dejado escapar a varias buenas por no haber aprovechado la oportunidad de proponerles matrimonio: cuando se daba cuenta de que eran perfectas para él, ellas ya se habían cansado de esperar y habían seguido su camino.

Marc tiene ahora treinta y seis años; es un acaudalado director de marketing con toda la parafernalia del éxito, salvo una esposa y una familia, y lleva varios años deseando casarse. Y, como si del juego de las sillas se tratara, Sian simplemente resultó ser la última que se sentó en la silla vacía cuando la música se detuvo.

En el momento en que deslizo la tarjeta de acceso en la puerta de la habitación del hotel, suena mi móvil.

—Lo siento —me disculpo—. No contestaría, pero es James...

—Atiende, atiende —responde Marc—. Yo me ocupo de Lottie. A Sian no le importará que me quede un rato más.

Lo dudo mucho, pero necesito hablar con James y saber qué pasa con mi clienta, así que acepto la oferta de Marc de cuidar a Lottie y regreso al pasillo para atender la llamada en un lugar tranquilo.

Cuando vuelvo a la habitación quince minutos después, Lottie ya está en pijama y acostada en una de las dos camas dobles. Marc está sentado junto a ella, leyéndole un cuento.

—¿Lista para bajar? —me pregunta, y deja el libro a un lado.

Tengo mis dudas. Estoy alterada después de mi conversación con James y muy despierta; un vaso de whisky lo arreglaría. Pero aunque soy muy consciente de que no nací para ser madre, hago todo lo que puedo para ser la mejor posible.

—No puedo dejarla —le explico.

Lottie cruza sus brazos regordetes sobre el pecho.

—Me leíste mal el cuento —le dice a Marc—. Te *saltaste* una página.

—No pasa nada —agrego—. Yo me encargo de esto, Marc. Vete. Nos vemos mañana.

Me siento en la cama, me apoyo contra el cabecera mullida y atraigo a Lottie hacia el pliegue de mi codo. Ella me da el libro, *Búhos bebés*, y pasa las páginas de cartulina manoseadas mientras yo leo en voz alta la historia de tres búhos bebés posados en una rama del bosque que esperan a que mamá búho regrese.

Y lo hace: desciende en silencio por entre los árboles. “Sabían que volvería”.

Luego añado la frase que no está en el libro, la frase que Lottie ha estado esperando, esa frase que Luca, para compensar mis defectos, solía añadir siempre, con más fe de lo que mi historia merecía: “Las mamás siempre vuelven”.

# **TREINTA Y SEIS HORAS ANTES DE LA BODA**

## CAPÍTULO 3

*Alex*

LOTTIE SE DESPIERTA MUCHO ANTES del amanecer, todavía con el horario de Londres. Le doy mi teléfono para ganarme otra valiosa media hora y me vuelvo a meter bajo las sábanas. De todas las pruebas de la maternidad, la falta de sueño es una de las peores.

Nunca quise tener un hijo. Eso no significa que no ame a Lottie con toda mi alma ahora que está aquí; ella es mi oxígeno, la razón por la que respiro. Pero no puedo ser la única mujer que no se imaginó a sí misma como madre hasta que ocurrió, y si he de confesar la dura verdad, durante bastante tiempo después de que hubiera nacido.

Para ser justa, tampoco me imaginaba mucho como esposa. Luca y yo nos conocimos hace casi cinco años, en marzo de 2015, unos meses después de que él se mudase a Inglaterra desde Génova, su ciudad natal en el norte de Italia, para dirigir la oficina del negocio familiar de importación de café en Londres. Por aquel entonces, yo alquilaba con un par de amigas un apartamento en planta baja a una calle de la estación de metro Parsons Green, en Fulham, y estábamos hartas de que los viajeros que dejaban sus coches en las calles cercanas antes de tomar el tren hacia el centro de Londres nos bloquearan la entrada del garaje del edificio.

Una tarde, cuando no pude ir a la fiesta de sesenta cumpleaños de mi padre en Sussex hasta que el dueño del automóvil que bloqueaba el mío regresó, me quedé esperando, echando humo y, luego, exploté en la cara del conductor.

Italiano hasta la médula, Luca estuvo a la altura. Según recuerdo, nuestra primera conversación consistió casi en su totalidad en insultos creativos en dos idiomas.

En algún momento mientras entraba en mi apartamento hecha una furia para tomar un envase de helado de Ben & Jerry y untárselo en el parabrisas, me

di cuenta de lo atractivo que era. Nuestro encuentro descendió al cliché de las comedias románticas “chico conoce a chica”: me invitó a cenar, acepté y terminamos en la cama.

En ese entonces, yo tenía veinticuatro años y acababa de empezar a trabajar a tiempo completo en Muysken Ritter. Hacía jornadas de dieciocho horas, seis y, a menudo, siete días a la semana. No tenía tiempo para una relación.

Pero Luca era encantador, había viajado mucho y era divertido. Me gustaba pasar tiempo con él. El sexo era excelente y me sentía renovada y más productiva después de una noche juntos. Era fácil creer que estaba un poco enamorada de él.

O tal vez lo estaba en realidad; desde la distancia, es difícil estar segura.

Unos cuatro meses después de aquella primera noche que me produjo una cistitis, descubrí, gracias a un episodio de intoxicación alimentaria y los consiguientes antibióticos, que estaba embarazada de seis semanas. Si no tenía tiempo para una relación, era obvio que no podía lidiar con un bebé. Pedí cita para interrumpir el embarazo y se lo conté a Luca porque me parecía deshonesto no hacerlo, no porque pensara que él tuviera nada que decir al respecto.

Para mi sorpresa, se arrodilló y me pidió que me casara con él. Herí un poco su orgullo cuando me reí.

Era italiano, por supuesto, y católico: para él, la idea del aborto era un anatema. Me rogó que siguiera con el embarazo y me prometió que él se encargaría de cuidarlo y que yo “ni me daría cuenta de que estaba allí”.

Era apasionado, y convincente.

Y yo era lo bastante joven, y arrogante, para creer que de verdad podía tenerlo todo... y ocuparme de todo.

Y, luego, estaba mi hermana Harriet. Le habían diagnosticado cáncer de cuello de útero a los diecinueve años, y aunque el agresivo tratamiento de quimioterapia le salvó la vida, la dejó estéril. Fue imposible no pensar en su tragedia cuando tomé la decisión.

La siguiente vez que Luca me propuso matrimonio, le dije que sí. Me casé con él, dos veces. Nos mudamos a Balham, a una casa adosada de dos habitaciones, convertimos una de ellas en un cuarto para el bebé y nos dispusimos a crear nuestra pequeña familia. Y, cuando todo se desmoronó, como ocurrió de manera inevitable antes del segundo cumpleaños de Lottie, lo asumí y puse el matrimonio y los hijos en la lista de experimentos que vale la

pena probar una vez, pero nunca repetir, junto con los monos harem y los vestidos de tarde floreados.

Me despierto por segunda vez cuando Lottie me arroja el teléfono a la cabeza. El golpe es brutal, me incorporo con brusquedad y me froto donde me ha impactado.

—¡Mierda! —exclamo—. ¿Por qué lo has hecho?

—No me estás escuchando —replica Lottie.

—Mierda, Lottie. Me has hecho daño.

—No quiero ser dama de honor.

Echo hacia atrás las mantas de la cama.

—Me importa un bledo lo que quieras. Dijiste que lo harías y lo harás.

—Mi mamá azul dice que no tengo que hacerlo.

No tengo ni idea de qué está hablando.

—Bueno, *esta* mamá dice que sí.

Necesito hacer pis, pero cuando trato de abrir la puerta del baño, está atascada. Me arrodillo y quito las docenas de pedazos de papel que Lottie ha metido por debajo, un hábito irritante que adoptó poco después de la muerte traumática de su padre. Lo hace con cualquier puerta que no cierre bien al ras del suelo, convencida de que los monstruos se van a deslizar por la rendija. Se niega incluso a entrar en la cocina de mis padres, porque la puerta que da al sótano tiene una rendija de casi dos centímetros que no puede bloquear.

—Por el amor de Dios, Lottie. Pensé que ya habíamos hablado sobre esto.

Ella se encoge de hombros, saca la mandíbula hacia afuera y me mira con expresión obstinada.

Voy al baño y, cuando regreso, me siento en el borde de su cama.

—¿Qué pasa, Lottie? —le pregunto con tono enérgico—. Has estado esperando esta boda durante meses.

—Marc ya no me gusta.

—¿Desde cuándo?

Su gesto de enfado se intensifica.

—Me tocó.

Nada, pero *nada*, en más de diez años de amistad me ha dado motivo para dudar de Marc. Ni una mirada, ni una insinuación ni un comentario fortuito han dejado entrever que le gustan los niños. Pero cuando tu hija te dice que un hombre la *tocó*, te lo tomas en serio.

—¿Qué quieres decir? —inquiero con brusquedad—. ¿Cuándo?

—Anoche. No me gustó.

Se me seca la boca. *Jamás* hubiera creído que Marc sería capaz de algo así, pero siempre son los que una menos espera.

Lottie tiene muchos defectos, pero no es mentirosa. Por regla general, dice la verdad aunque duela. La idea de que alguien pueda haberla tocado, *herido*, es suficiente para despertarme una rabia asesina. Haría lo impensable por proteger a mi hija.

—¿Dónde te tocó? —pregunto con toda la calma de la que soy capaz.

—No te voy a decir.

Tengo ganas de tomarla de los hombros y sacudirla hasta que me cuente todos los detalles, pero si la presiono, se negará a hablar. El silencio a modo de venganza más largo que mantuvo hasta la fecha duró tres días completos, cuando me castigó por tratar de averiguar lo que quería para su tercer cumpleaños. No fue ella quien cedió para poner fin al enfrentamiento.

—De acuerdo —respondo y me pongo de pie.

—Estuvo muy *grosero* —comenta.

—¿Grosero cómo?

—¡Me apretó!

—¿Te apretó? ¿Quieres decir que te abrazó?

—¡No! —Se toma un puñado de su amplia barriga en cada mano—. ¡Aquí! ¡Así! ¡Dijo que *me estaba poniendo gordita*!

Más tarde me ocuparé del puto tema de la vergüenza de la gordura. Ahora mismo, me siento aliviada de no tener que acusar a mi mejor amigo de abusar de mi hija el día de su boda.

—Lo dice porque se va a casar con una tabla de planchar —le digo.

—Es verdad, *se parece* a una tabla de planchar —coincide Lottie encantada.

—En realidad deberías sentir pena por él.

—Está bien. Seré dama de honor.

—Así me gusta —respondo con suavidad.

El ensayo de la boda comienza esta tardea las seis, una hora antes de la puesta del sol, el mismo horario que la ceremonia de mañana. Todavía no son las siete de la mañana, así que tengo que llenar once horas sin que Lottie coma hasta sentirse mal, se ahogue, le dé una insolación o le corte el pelo a alguna de las otras cuatro damas de honor (algo bastante probable; tuvimos un incidente más bien desastroso con las tijeras en su primer trimestre en la guardería).

No soy optimista.

## CAPÍTULO 4

*Alex*

NUNCA HE LOGRADO ENTENDER EL miedo de Lottie al mar. No sufrió ningún trauma de la infancia que pudiera haberlo desencadenado, ni ningún incidente en el que haya estado a punto de ahogarse, y el agua en sí no es el problema; le encanta la piscina y hace casi un año que nada sin flotadores, incluso en la parte honda.

Pero esta es una boda en la playa y Lottie tiene que acostumbrarse a la cercanía del mar, de modo que después de almorzar, tomo fuerzas con un gin tonic cargado (la pura verdad es que no es el primero del día) y la llevo a la playa.

Por fortuna, aunque baja la barbilla y encorva los hombros hacia adelante como un toro enano a punto de embestir, no explota como temí que hiciera. Caminamos despacio hacia una sección rastrillada de arena blanca fina, donde el personal del hotel está colocando hileras de sillas doradas adornadas con lazos frente a una pérgola con estrellas de mar y caracolas de plástico entrelazadas. Guio a Lottie por el pasillo de arena que recorrerá en el ensayo de la boda dentro de un par de horas y le muestro en qué lugar de la primera fila se sentará mañana.

—Aquí no hay mareas —le explico, y me pongo en cuclillas junto a ella mientras observa el océano con expresión sombría—. Bueno, no son gran cosa. El océano no se va a acercar más, te lo prometo.

Lottie da un paso firme hacia la orilla, que está a unos seis metros de donde nos encontramos. Confío en que mi niña afronte sus miedos, que los desafíe de frente.

Oigo la voz de Sian a mis espaldas.

—¿Vas a nadar, Lottie?

Sian y su mejor amiga y dama de honor, Catherine, se abren paso por la

arena caliente con idénticas sandalias de plástico rosadas y el cabello mojado echado hacia atrás después del baño en el mar.

—Justo volvíamos al hotel para prepararnos —preciso.

—Pero el agua del mar está tan buena —señala Sian—. Y, además, hay tiempo de sobra antes del ensayo.

—Es un *océano*, no un mar —la corrige Lottie.

Sian se pone en cuclillas junto a ella.

—Espero que no te preocupe que la gente te vea en traje de baño, Lottie. A nadie le importa tu aspecto.

Siento ganas de abofetear la bonita cara de Sian. Pero no hace falta que me preocupe, Lottie tiene la situación controlada.

—¿Por qué habría de preocuparme? —pregunta sin rodeos.

—No importa —se apura a decir Sian—. ¿Tienes miedo de los tiburones?

—¡Por supuesto que no! —replica—. *Me gustan* los tiburones.

—No tiene motivos para tener miedo —interpone Catherine—. Le darían un mordisco y la escupirían.

Lottie parece tomar esto como un cumplido.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo mientras Sian y Catherine regresan al hotel. Me sorprende ver el nombre de mi hermana Harriet en la pantalla.

—Lottie, siéntate aquí y no te muevas mientras hablo con la tía Harriet —le indico, y señalo una tumbona cercana—. No tardaré más de cinco minutos.

Doy un par de pasos hacia la orilla, tentada por el mar. El agua tibia ondea sobre mis pies descalzos y de pronto deseo que Lottie supere su miedo; el agua está ideal.

—No esperaba tener noticias tuyas —le digo a mi hermana.

—¿Va todo bien? ¿Mamá y papá están bien?

—Que yo sepa, sí. ¿Por qué?

—¡Porque me *has llamado*!

—Mierda, lo siento. Debo de haber llamado sin querer.

Harriet suspira.

—Me pareció raro cuando vi la llamada perdida.

Me tomo el reproche implícito con calma.

Harriet y yo no hemos tenido una relación estrecha desde que éramos niñas: nos queremos, por supuesto, pero somos el día y la noche. A menudo pasamos meses sin hablar, a menos que haya una crisis familiar. Mamá solo tiene cincuenta y siete años, pero ha estado ingresada dos veces en los últimos tres

años para que le extirparan tumores malignos del colon.

En ambas ocasiones, he sido yo quien ha tenido que comunicárselo a Harriet, que vive en las Islas Shetland con su esposo Mungo, un ingeniero de plataformas petroleras. A pesar de las maravillas de la tecnología moderna, sé que con frecuencia se siente muy desconectada de la familia, sobre todo porque Mungo suele estar bastante tiempo en las plataformas. Harriet es una artista y trabaja desde su casa, así que tiene mucho tiempo para sentirse sola.

—Lo siento —me disculpo—. No quería preocuparte.

—No pasa nada. Falsa alarma.

Se produce una pausa un tanto incómoda.

—Lottie debe de estar entusiasmada —comenta por fin.

Mi hija es el único punto de encuentro entre Harriet y yo. Adora a Lottie, y aunque nosotras no hablamos con frecuencia, Lottie suele secuestrar mi iPad para llamarla por FaceTime.

Miro a Lottie, que no está sentada en la tumbona como le ordené, sino que corre por entre las ordenadas hileras de sillas doradas con los brazos abiertos como si fuera un avión, estorbando al personal del hotel.

—Es Lottie —digo—. Es difícil de saber.

Me sorprende oír el anuncio de un vuelo en el trasfondo de la llamada.

—¿Estás en el aeropuerto? —pregunto—. ¿Adónde vas?

—Es el televisor —explica Harriet—. Escucha, tengo que colgar. Solo quería asegurarme de que todo estaba bien. Toma muchas fotos de Lottie para enviármelas, ¿quieres?

—Por supuesto —digo.

Guardo el teléfono en mis pantalones cortos, me vuelvo y echo a andar por la playa. Veo que mi hija está hablando con un hombre que no conozco.

Tiene su mano sobre el hombro de Lottie y algo en la forma en la que se inclina sobre ella hace sonar todas las alarmas maternas. Llamo a Lottie en voz alta y el hombre mira en mi dirección y se aleja enseguida. Para cuando llego donde está mi hija, ya ha desaparecido por un lateral del hotel.

—¿Quién era? —le pregunto a mi hija.

—No sé.

—¿Qué te he dicho acerca de hablar con desconocidos?

—No le estaba hablando. *Él* me estaba hablando a *mí*.

—¿Qué quería?

Lottie me mira con evidente fastidio.

—Dijo que no podía encontrar a su hija y me preguntó si la había visto.

Un escalofrío me recorre la espalda. Lottie es lista e inteligente y le he inculcado los peligros que suponen los hombres desconocidos, pero aún no tiene cuatro años. Estaba a menos de quince metros de ella; solo le quité los ojos de encima durante un instante.

La arrastro a la fuerza de regreso al hotel, indiferente a los furiosos tirones de mi brazo. Debería haberla vigilado más de cerca: Florida tiene uno de los índices más altos de delincuentes sexuales de los cincuenta estados estadounidenses. Su población, compuesta de un número importante de turistas y jubilados de otros estados, es transitoria y cambia todo el tiempo. Hay poco sentido de comunidad y es fácil perderse entre la multitud.

Soy abogada. Lo investigué.

Cuando llegamos al vestíbulo del hotel, Lottie logra liberarse de mí y sale corriendo para unirse al grupo de niñas que serán damas de honor con ella. Estoy a punto de ir tras ella cuando Zealy, la hermana de Marc, sale del ascensor.

—¡Alex! Me pareció que eras tú. Te has cortado el pelo.

En un acto reflejo, me toco la nuca. El mes pasado me corté unos buenos veinte centímetros de mi largo cabello, de modo que ahora me llega justo por debajo de los hombros; nunca tenía tiempo para peinármelo bien.

—Me estaba volviendo loca. ¿Te gusta?

—Me encanta. Te queda muy bien.

Zealy y yo somos amigas desde hace años, aunque no nos vemos tanto como nos gustaría; la culpa es mía, por supuesto. Las amistades que sobrevivieron a la sobrecarga de mi trabajo quedaron en el olvido después de que naciera Lottie. En realidad, Zealy es hermanastra de Marc, del primer matrimonio de su madre con un sudafricano negro. Cuando Sian la conoció, preguntó si podía tocarle el pelo y comentó que era increíble que “pareciera una blanca”.

Zealy enlaza su brazo con el mío.

—Acompáñame al bar a tomar una copa —dice—. Ayúdame a ahogar mis penas.

Me resisto a ir al bar, pero acepto un cóctel junto a la piscina, sin perder de vista la brillante cabeza platino de Lottie, mientras ella y las demás niñas van y vienen a nuestro alrededor como libélulas.

No sé si denunciar a la policía el encuentro de Lottie con el hombre en la playa o al menos al gerente del hotel. Cuanto más lo pienso, más extraño me